

de él, y las insolencias de los lacayos que le apedreaban. Refugiado de nuevo en Alstedt supo que el duque Jorge reclamaba su extradición, y ciñéndose un escudo, calándose un casco, asiéndose á una lanza, desafió las cóleras del tirano á la cabeza de sus amigos, convertidos ya en verdadera legion. Pero, asaltado por tantas y tan numerosas emboscadas, dirigióse hácia Franconia, tierra de libertad, y alojóse en Nuremberg, ciudad de grandes tradiciones. Allí mismo la saña enemiga le alcanzó, forzándole á dejar inmediatamente la ciudad. Era de ver aquel jóven, menudo de cuerpo pero hermosísimo de rostro, con su sombrero de fieltro blanco, su dorman rojo de largos pliegues, su barba cortada á la usanza oriental, acompañado de su tierna mujer, seguido de sus amigos que se colocaban en torno suyo, recorriendo todas las regiones y llamando á todas las puertas.

Cinco meses anduvo errante por Alemania, sin tener una piedra donde reclinar su cabeza y sin tener una casa donde recoger su persona, perseguida y acosada como una fiera. En esta vida errante, tuvo un hijo, y como los que le rodeaban le echasen en cara la indiferencia con que recibiera aquel presente del cielo, dijo que él era casi un sér abstracto, como son abstractos los principios. En la natural disposición de los pueblos á recibir entonces las nuevas ideas, surgian predicadores; organizábanse partidos; corrian de un lado á otro cohortes armadas; formábase una verdadera confederación, la cual tenia por objeto numerar y contar á los verdaderos fieles, expulsando y persiguiendo á cuantos no compartían sus ideas y sus aspiraciones. «Nada de ambages, decían; todos los señores, que dictan órdenes arbitrarias, porque así les pasa por la cabeza, y que imponen tributos, tarifas, peajes; todos corruptores, malversadores, cohechadores, merecen el nombre de bandidos. Y una pronta estrangulación debía matarlos á esos sucesores de Moab, de Adag, de Acab, de Phalaris y Neron. Las Santas Escrituras no los llaman servidores de Dios, sino serpientes y lobos. No temais nada, jornaleros; uníos, y no retrocedais jamás. Si retrocedierais, os perderiais vosotros y perderiais á vuestras mujeres y á vuestros hijos. Los que teman la muerte, quédense en su casa. Mil resueltos valen por cincuenta mil indecisos. Si no venceis en este combate ¡ay de vosotros y de vuestros hijos! Antes de la guerra, prestabais corvea con vuestros caballos y bueyes, despues os uncirán al carro y á

la carreta; antes de la guerra levantabais un seto para preservar vuestros campos de la caza, despues os forzarán á sostener y alimentar la caza en vuestras propiedades; si antes os han arrancado los ojos, despues se los arrancarán á quienes os guían; si antes habeis sido siervos, despues sereis esclavos. ¡Ah! Os venderán como se vende un caballo ó una vaca. En cuanto respireis, prenderán vuestros cuerpos como rebeldes, os privarán de luz y de alimento; y despues de haberos hecho pasar por el potro, concluirán por empalaros. Vuestras hijas serán mancebas de vuestros opresores, y vuestros hijos lacayos, obligados á llevar sus propias hermanas á los déspotas, para que las violen primero y luego las despidan y las arrojen como un limon, al cual se ha sacado el zumo. Mirad que solo podeis ser vencedores. Vuestra vida es peor mil veces que la muerte. No presteis atención á la voz de esos hombres, empeñados en probaros con textos del Evangelio que, teniendo el derecho de ser libres, debeis inclinar la cabeza, y tenderla humildemente al yugo de la servidumbre. Son medio hombres, que por temor á la muerte, prefieren hacerse indignos de la vida. Los pueblos libres solamente son pueblos cristianos. Un pueblo que no es libre, tampoco es digno de serlo. Seamos libres primero; y luego seremos cristianos para vivir segun la ley de Dios.»

Esta ruda elocuencia, verdaderamente política, y que tenia el son de la campana de rebato, el eco estridente del clarin guerrero, el disorde clamor de la muchedumbre sublevada, el bramido oceánico de la cólera popular, el resuello de la servidumbre, la cadencia del canto profético en las orillas del Éufrates, la protesta de los israelitas contra los tiranos de Nínive y de Babilonia, el furor político mezclado con la exaltación religiosa; esta elocuencia, mas popular que la misma elocuencia de Lutero, por lo mismo que era menos literaria y menos sublime, estaba ciertamente llamada por su múltiple variedad y por su ira terrible á suscitar aquella cruzada que, venida de doce distritos diferentes de Alemania, para concertarse en Gaisbaiern al comenzar la primavera de 1525, levanta en armas desde el Rhin al Danubio, desde la Selva Negra al mar Báltico; y demuele conventos, y quema castillos, y saquea iglesias, y tala señoríos, demostrando con este fragor estridente y con este universal estremecimiento que los siervos se alzan de su postración y que las cadenas se convierten á una en armas contra los tiranos.

La primera de las cohortes campesinas se conoció con el nombre de cohorte de Leiphein. Mandábala Jacobo Wehe, predicador de la escuela de Munzer; y componíanla cinco mil siervos emancipados. Desde los comienzos de tal empresa nótanse en ella los síntomas que han de perderla y malograrla, á saber, la exageracion de ideas y la indisciplina de fuerzas. Tenian en frente aguerrido ejército, á cuya cabeza estaba un senescal del Imperio; y necesitaban mucha autoridad arriba y abajo mucha obediencia, si habian de contrastar y vencer á sus formidables enemigos. Así en los sitios trincaban, jugaban, hacian comedias con los ornamentos sagrados del catolicismo, y se curaban de todo menos de la disciplina necesaria para acometer y sustentar empresa de tanta monta como una batalla á muerte con el desapoderado feudalismo. Por fin lo que debía suceder, sucedió. El senescal del Imperio alcanzó la primera de las cohortes revolucionarias en el mismo sitio donde surgiera, en Leiphein. La posicion militar resultaba desventajósísima para los menos numerosos y mas débiles. A la derecha tenian estos un rio, á la izquierda un bosque, al frente una laguna, á la espalda una sirte de barricadas construidas por ellos mismos, encontrándose, por tanto, circuidos, no solo de obstáculos materiales casi insuperables, sino de fuerzas armadas casi invencibles. Quinientos encontraron muerte en el campo; cuatrocientos en el rio; y los demás refugiáronse en un pueblo, para ellos verdadera trampa, en que el cazador habria de cogerlos y exterminarlos sin remedio. Wehe se refugió en profunda caverna. Un perro, que le acompañaba, le delató con sus ladridos; y los soldados del senescal, que le encontraron, le condujeron al campamento, donde fué reducido primero á prision y luego decapitado. Este legionario de una idea, si no utópica, importuna, murió, como pudiera morir un mártir de la fe mas verdadera y mas segura.

Nada siembra tanto como las ideas dichas con elocuencia, y nada fecunda tanto las ideas dichas con elocuencia como la sangre derramada en el martirio. A pesar de la primer rota de la confederacion evangélica, aumentáronse sus cohortes con extraordinario aumento; y se extendieron por una línea que tenia ciento cincuenta leguas de longitud. A los hombres de buena fe, que combaten y creen, uniéronse aquellos, que solo pueden prosperar en medio de las contiendas y granjearse fortunas, pescándolas en el agua turbia de las

inundaciones revolucionarias. Frente á la confederacion evangélica, formada por los campesinos y sus profetas, elevóse la confederacion suaba compuesta de ciudadanos y de señores. Representando estos la estabilidad, poco podian ofrecer á sus soldados allende su sueldo; mientras representando aquellos la revolucion, podian ofrecer á los suyos el despojo y botin de tantos castillos feudales como asediaban y de tantos ricos señores como combatian. Los sueldos de los lansquenetes, mandados por el senescal, no se pagaban puntualmente; y estos retrasos traian graves dificultades, aumentadas por la política doble del archiduque Fernando, el cual, bajo mano, protegía á los campesinos por apoderarse de Suabia y de Franconia y por el horror que á los mismos aristócratas causaba el Landgrave Casimiro, cuya crueldad llegó hasta el punto de atentar á la libertad y á la vida de su propio padre, encerrado doce años por este su infame hijo en húmedo y oscuro calabozo. Lo cierto es que jefes de cohorte, como Eitel, llevaban mantos de púrpura, cofias de escarlata, heraldos á decenas, séquito numerosísimo, tras el cual iban carrozas ornadas de flores y de cintas, entre las cuales surgía la bandera tricolor extendida sobre los doce artículos de la constitucion revolucionaria magníficamente encuadernados. Así no es mucho que obispos como el obispo de Bamberg huyeran á las victorias revolucionarias, y poblaciones como Rutemburg cayesen prontamente en manos de los audaces campesinos, y cancilleres de príncipes tan poderosos como Hohenlohe abrazaran la causa de los campesinos y se hicieran cancilleres de la guerra.

En estos graves incidentes dibújense y resaltan naturalezas bien extrañas, engrandecidas por la ocasion, que les ofrecen las circunstancias de cumplir todas sus aptitudes. Entre estas naturalezas, ninguna tan violenta como la del posadero Santiaguillo; fiera salvaje en medio de la civilizacion. Apuesto de figura, hermoso de rostro, forzudo de natural, vivaz de ingenio, tan pronto entraba en una guerra como en una orgía; donde quiera que le procurase la suerte grandes emociones. Ya de antiguo se tomaba la justicia por su mano; y en edad bien jóven habia asesinado por esta razon á su burgomaestre, creyéndose, en virtud de su derecho natural, juez de sus jueces y verdugo de los que mandaban al verdugo. Su padre le desconoció por deudas en la mocedad, su prometida cayó en brazos de un caballero feudal, que castigó en la infeliz

con una deshonra eterna el enorme crimen de haber cogido algunas fresas en los bosques; y tantas desgracias contribuyeron á exacerbar el natural ya arrebatado de Santiaguillo y á lanzarlo en brazos de la revolucion. Así recoge trescientos campesinos; y toma las dos poblaciones mas cerca de su vivienda. Tras cada batalla ofrece un botin; tras cada botin una fiesta; tras cada fiesta una arenga de los predicadores evangélicos y unas brujerías de las brujas que lleva en su ejército. Y no solo hay plebeyos como el posadero en la revolucion, hay gentiles hombres como Florian que, llenos de fe y persuadidos por su corazon y por su conciencia, deponen con su manto de terciopelo sus títulos de nobleza y mandan cohortes campesinas resueltas al combate. No es aqúeste el único noble entrado en la confederacion evangélica; el célebre Goetz, á quien cantara el primer poeta de Alemania, pertenece tambien á las altas clases. Veamos cómo se desarrollan los incidentes de esta guerra. Mandaba en Weinsberg el conde Luis, casado con una bellísima princesa. Y, ora llevado por las necesidades de la guerra, ora por la satisfaccion de su venganza, mató á varios campesinos, que habia hecho prisioneros y á quienes resguardaban las leyes consuetudinarias de la guerra. Cuando Santiaguillo supo tal crueldad, invocó la muerte y el infierno, enviando al señor un verdadero ultimatum que le conminaba acremente á la entrega discrecional de la ciudad. El conde envió una respuesta altiva, pero Santiago, que sabia cuántos partidarios suyos guardaba la poblacion amenazada, decidióse al asedio. Envió, pues, varios heraldos, y se burlaron de ellos los sitiados, insultándolos á todos é hiriendo á alguno de muerte. Corazones de liebre llamaban los de dentro á los de afuera, y los corazones de liebre se volvian á estos insultos corazones de tigre. La bruja, que el plebeyo Santiago llevaba á su lado, le bendijo las armas con graves sortilegios; y la horda negra, que el noble Florian mandaba, de un empuje ganó un castillo y puso la bandera tricolor en la torre del homenaje. La batalla tuvo todos los caracteres de una tragedia. Las gentes indefensas gritaban por una suspension de armas; pero los nobles, que conocian la suerte encerrada en una derrota, se decidieron á pelear hasta morir. Santiaguillo entró; y su entrada equivalió á una terrible carnicería. Los principales ciudadanos con los mas valerosos lansquenetes fueron sacrificados hasta dentro de los sepulcros, donde se habian acogido en el seno de

las iglesias. Desde lo alto de una torre el canciller de Weisberg ofreció treinta mil florines de oro por su rescate; y le contestaron venganza y le dieron un tiro en el cuello que lo precipitó en el patio del cementerio y en el fondo de una sepultura. La matanza se encarnizó tanto que hubo necesidad de dar orden de suspenderla. Pero el conde, cogido en lo alto de una torre, recibió de manos de un soldado un lanzazo. Nada mas horrible que aquella noche de saqueo: el incendio chisporroteando; los soldados bebiendo al siniestro resplandor de las llamas; los cadáveres tendidos por todas partes; los moribundos en los estertores de la agonía; la violacion de las pobres mujeres de los vencidos y de las desgraciadas monjas de los conventos, mezclando el resuello de bárbaros placeres á los ayes de increíbles dolores; la muerte infligida terriblemente á los prisioneros por medio de un castigo semi-asiático que consistia en atormentar á los vencidos y azotarlos para que fueran á clavarse ellos mismos en las puntas de las lanzas; todos los horrores de estas guerras civiles que resultan la mayor de las plagas enviadas por la cólera de Dios sobre los pueblos infelices.

Pocas escenas tan trágicas en la historia, como la muerte del Conde defensor de la ciudad y de todos los nobles principales que en su defensa le acompañaron. Formóse al rededor de ellos el círculo de lanzas, que antes hemos descrito, y Santiaguillo invitó al Conde á clavarse el primero en una de ellas, diciéndole grotescamente que comenzara el baile. Pero, como todo sér tiene en este mundo álguien que le ame, la mujer del Conde, profundamente adherida á su esposo, rompió el oleaje de la muchedumbre, atravesó los muros de lanzas, y entrando en el fúnebre círculo de hierro, arrojóse á los piés del posadero vencedor, á pedirle con gestos y palabras de una suprema desesperacion la vida de quien era la mitad de su vida. Para mover mas aquellos corazones endurecidos por la victoria, llevaba la pobre mujer en sus brazos un escudo celestial, un inocente ángel, un niño de sus entrañas, engendrado por el amor del Conde, á quien amenazaba en aquel trágico instante la muerte. Pocas escenas tan luctuosas nos ofrecen ¡ay! en sus sangrientas páginas los trágicos anales del mundo. La noche terrible y oscura; la ciudad ardiendo; los vencidos forcejeando en la desesperacion; el círculo de aquellos revolucionarios con sus lanzas apercebidas al degüello; los prisioneros nobles próximos